

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administración, Redacción e Imprenta de EL CUARTEL REAL, calle de la Rondilla, núm. 8, Tolosa.

En Estella, calle Mayor, 93, entresuelo, y en todos los puntos donde hay correspondientes autorizados de este periódico. Extranjero, D. Carlos Cabañero, rue Lormand, 49, Bayonne.



PROTECCION MUNICIPAL
MADRID

PRECIOS DE SUSCRICION.

En las provincias Vascaas, 46 rs. tres meses: 30 semestre y 50 un año.
En el extranjero, 8 francos el trimestre y 28 un año.
El paquete de 25 ejemplares 5 rs.
Se admiten anuncios á precios convencionales.

EL CUARTEL REAL.

SECCION OFICIAL.

S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) continúa sin novedad al frente de su leal y valeroso ejército.
S. M. la Reina y sus augustos hijos continúan también sin novedad en su importante salud.

Orden general al ejército Real de Cataluña del día 30 de Marzo de 1875 en el cuartel general de Pons.

Segun comunicacion del ministerio de la Guerra, fecha 9 del corriente, que acabo de recibir, S. M. el Rey nuestro Señor (Q. D. G.) ha tenido por conveniente cese en el cargo de capitán general de este principado, debiendo pasar al cuartel real á ocupar un honroso puesto que me tiene designado.

En su consecuencia, resigno el mando de todas las fuerzas de este real ejército en el Excmo. señor teniente general, jefe de la primera division, á quien por Ordenanza corresponde.

Lo que hago saber en la general de este dia para conocimiento de todos. —El teniente general, R. Tristany.

Adicion á la orden general de este dia.

Voluntarios: Al dar cumplimiento á la real orden á que hace referencia la general de este dia, no puedo ocultaros el sentimiento con que me separo de vosotros. A vuestro lado he luchado durante toda esta campaña, y en la larga serie de combates que os han cubierto de gloria he podido admirar y apreciar vuestra fidelidad, vuestra abnegacion y heroismo.

Cuando á impulsos de mi deber, despues de largos años de ostracismo, pisé nuevamente el suelo de mi patria, solo un puñado de valientes habia respondido al llamamiento del Rey, empuñando las armas en defensa de la santa causa: hoy, al abandonar, también en cumplimiento de mi deber, mi querida Cataluña, me cabe la gloria, aunque debida mas á vuestros méritos que á los míos propios, de dejar un numeroso y aguerrido ejército, compuesto de veintinueve batallones y cinco escuadrones, con cerca de cien piezas de artillería de todos sistemas y una plaza fuerte de segundo orden.

Marcho, pues, satisfecho de vuestra constancia y valor, y os doy las gracias por vuestro heroico comportamiento.

Hasta hoy habeis sido subordinados con vuestros jefes y habeis dado pruebas de amar la organizacion y la disciplina. Satisfecho, pues, mis últimos deseos; continuad en tan loable conducta; no abandoneis jamás la senda del deber y del honor; obedeced y respetad á vuestros generales, que por ser colocados por el Rey, serán dignos de vosotros y sabrán conduciros á la victoria. De este modo cumplireis la voluntad del Rey y contribuireis á dar dias de esplendor á España, devolviéndole su dignidad y su grandeza. Así espera que lo hareis, vuestro general, — R. Tristany.

Orden general del dia 13 de Abril de 1875, en Lujua.

Voluntarios: Quiero consignar un hecho glorioso, de esos que la historia se encarga de escribir con letras de oro y que apenas se conciben cuando no se presencian, que deber ineludible es de quien tiene el honor de mandar enaltecer á los héroes, para premiar su valor y estimular á sus compañeros con el ejemplo de su bravura.

Ochenta voluntarios del batallon de Arratia, divididos en dos secciones, mandadas por su bizarro teniente coronel D. Eulogio Isasi y el no menos valiente capitán D. Ramon de Aspe, han tomado por asalto el formidable castillo de Aspe, defendido por 120 hombres y dos gruesos cañones, protegido por los fuegos de varios fuertes y por sus grandes obras de defensa. ¡Admirable operacion! Esos decididos vizcainos, sin cuidarse de tan inmensos obstáculos, fija su mirada en la magnitud de la empresa, salvan los fosos, escalan los muros y se apoderan del castillo, haciendo prisionera su guarnicion al grito de ¡vive el Rey! en casi menos tiempo del que se emplea en relatarlo.

Sellan algunos con su sangre esta magnífica jornada, que las grandes acciones no se realizan con pequeños sacrificios, mas en cambio se implanta la bandera real en un fuerte enemigo y se añade una página de gloria á la hermosa historia de la division vizcaina.

Voluntarios: Que el valor, la decision y abnegacion de los bravos arratianos en el dia de ayer os sirvan, no estimulo, que ya sé no lo necesitais para ser leales y valientes, sino como ejemplo que imitar cuando os halleis en idénticas circunstancias.

Una palabra mas. Decid á los enemigos, que fálzamente os atribuyen propósitos menguados, que la division vizcaina, despreciando sus calumnias y sus halagos, contesta á ellos con actos de arrojo como el del castillo de Aspe, y que todo su afán, toda su ambicion, se cifra en llevar al Trono de sus mayores á nuestro amado y magnánimo Rey D. Carlos VII; en conservar íntegro el sagrado depósito de nuestra unidad católica y en sostener con energia las venerandas instituciones forales de este nobilísimo solar.

Voluntarios: ¿Quereis honrar á los héroes de Aspe? Pues gritad nuevamente conmigo: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los Fueros!

Vuestro general, comandante general, Elicio Berriz.

SECCION NO OFICIAL.

¡AURRERÁ! ¡AURRERÁ!

¿Quién habla de paz? ¿Quién habla de desalientos y tarnsacciones? Son los de siempre; los enemigos de nuestras queridas montañas; los profanadores de nuestros hogares; los que llevan como arma de guerra la piqueta que demuele los templos y aventá las cenizas de nuestros padres, arrancándolas de los sepulcros regados con las lágrimas de nuestros ojos...

¡Paz con los tiranos! Nunca. ¡Esclavos de esas corrompidas legiones que no adoran otro Dios que el oro ni buscan mas goce que la satisfaccion de su vientre! Nunca. Los hijos de estas montañas están acostumbrados á deshacer los ejércitos de todas las tiranías, y no hay en la historia un solo ejemplo de debilidad cuando la patria ha congregado al pié de las seculares encinas á ancianos y mozos para lanzar el irrinz de guerra contra los invasores.

¡Aurrerá! ¡Aurrerá! gritaban en otro tiempo, y como los torrentes de sus montes, como los peñascos que se desprenden de las mas elevadas cumbres, arrojábanse sobre las legiones romanas, y asaltaban y rompian y arrollaban sus líneas de hierro...

El Lauburu, emblema santo de la patria, ondeaba triunfante sobre los cadáveres enemigos, y cuando la luna en su plenitud venia á oír las plegarias de los que adoraban á Jaungoicoa ó los tiernísimos cantos del Coblakari, que ensalzaba el valor de los guerreros, alumbraba á la vez los huesos de tantos enemigos muertos que bordeaban las faldas de los montes y las orillas de los rios.

Oid, oid, traidores endmigos, que con el poder de nuestras armas ó la falacia de vuestras promesas quereis dominar la inquebrantable lealtad, la fiera independencia de los vasco-navarros; oid cómo á troves de los siglos se repite en estos valles la voz del viejo Lekovide, que sale del sepulcro para decir á estos guerreros lo que decia á los suyos enfrente de las legiones de Roma:

«Acaso crió Jaungoicoa estas benditas montañas para esos adoradores de dioses de barro y madera? ¿Acaso dió á sus guerreros almas tan bravas é indómitas para que fueran esclavos de esos esclavos de Octavio? ¿Acaso á sus vírgenes candidas esa hermosura celeste para servir á las plantas de sus patrias impuras? ¡Atrás, tiranos y siervos! ¡Es nuestra esta tierra sagrada, nuestra esta lengua divina, y nuestra esta libertad que ofende el feroz orgullo de vuestras almas serviles! Y en vano vomitará Roma legiones sobre legiones, y navios sobre navios: antes que los mercenarios extranjeros, subirán á estas cumbres las turbias aguas del Océano, y mientras aliente un cántabro y pueda empuñar el hierro, el corazon y la tierra que proteja su brazo serán libres... siempre libres, como las águilas de sus montañas... la tempestad de sus mares y el espíritu de su Dios.»

Y ahora, como entonces, los guerreros y el pueblo, agrupados alrededor del Lauburu, repiten las últimas palabras de Lekovide con fervido entusiasmo.

«Libres, siempre libres, como las águilas de sus montañas... la tempestad de sus mares... y el espíritu de su Dios.»

Esclavos vendidos al Augústulo que vive entre pieles y perfumes y fiestas en las orillas del humilde Manzanares, venid aquí con vuestras legiones: salid de esas fortalezas donde el miedo os ha encerrado, y atreveos á medir vuestras armas con nuestras armas.

¡Ah! pero sentís desmayado el corazon de luchar para ser vencidos, y se caesa vuestro brazo de manejar el hierro que arrojaís siempre en la huida. ¿Y por qué no venis con nosotros á compartir las glorias de los que han nacido libres como las águilas de sus montañas... la tempestad de sus mares y el espíritu de su Dios?

Pero vuestro corazon rechaza la vida de los hombres libres, y nos habeis hecho proposiciones de una paz deshonorosa: pues oid de nuevo al viejo Lekovide, que se levanta de su sepulcro de mas de veinte siglos, y os repite con voz de trueno lo que decia á las legiones de Octavio:

—¡Romanos! ¡Cantábría ha recibido vuestras proposiciones de paz, y envia á sus ancianos para decirlos que las rechazal! ¡Roma ofrece paz y amistad á Cantábría; por boca de su viejo jefe, os devuelve por vuestra paz... la guerra; por vuestra amistad... su odio! ¡Si el romano es poderoso, el euskalduna es indomable; si vosotros habeis jurado esclavizaros, nosotros hemos jurado vivir y morir libres... y moriremos! ¡Decid, pues, á Octavio que se apreste á nuevas luchas y nuevos combates, pues no hay un corazon en las montañas que no gaste su último aliento en maldeciros, ni un brazo que no caiga con el hierro contra vosotros!... ¡Odio á Roma! ¡Guerra á Roma! ¡Jaungoicoa maldiga al cántabro que haga paz deshonorosa con el romano! ¡Gima por siempre su espíritu cobarde errante entre las sombras! ¡Que su nombre se pierda en el olvido, como las nieblas de la mañana, y que no encuentre un Coblakari que quiera perpetuar su recuerdo en la memoria de sus hijos!

Esta voz sepulcral de Lekovide resuena todavía en los oídos de los leales euskaldunas, y los leales euskaldunas, enfrente de los mercenarios servidores del Augústulo de Manzanares, lanzan su irrinz de guerra, y repiten con un eco terrible de los valles:

—¡Aurrerá! ¡Aurrerá! ¡Odio eterno, odio á muerte

contra Roma! Que el cántabro vive libre y muere libre... como el águila de sus montañas... la tempestad de sus mares y el espíritu de su Dios.

¡Aurrerá! ¡Aurrerá! Pronto, de lo mas alto de las montañas, como peñascos desprendidos por el huracan, bajarán los indomables euskaras á buscar á sus afeminados enemigos en sus propias madrigueras, y romperán sus líneas de hierro, y arrollarán sus numerosas legiones, y el Lauburu inmaculado se paseará una vez mas triunfante sobre el campo regado con la sangre impura de los esclavos de Augústulo, y el Augústulo temblará en su trono y abandonará por fin la usurpada casa, y desde los mares de Cantábría hasta los mares de Hércules no se oirá mas que un grito unánime lanzado por todos los hijos de España:

—¡Somos libres... libres como el águila de nuestras montañas, la tempestad de nuestros mares y el espíritu de nuestro Dios!

LA PAZ.

El poderoso gobierno del príncipe usurpador pide con vivas ansias la paz.

Por todos los medios y en todas las formas la guerra permanente, la revolucion, busca la paz.

El alfonsoismo, esa última manifestacion de la gangrena social que se llama liberalismo; el alfonsoismo quiere la paz á todo trance, porque sin la paz se hunde por momentos.

Amenazado sordamente por los elementos revolucionarios que se remueven iracundos bajo el fango de las regiones oficiales, el gobierno del príncipe usurpador busca la paz, como el naufrago el puerto, como el ciego la luz.

El gran partido nacional que lucha en los campos de batalla bajo la enseña gloriosa del catolicismo y la legitimidad monárquica, es para el alfonsoismo la vida, la última esperanza.

Por eso todo lo ofrece á quien nada le pide; lo ofrece todo, menos dos cosas, que son precisamente la esencia, la encarnacion de nuestros principios; lo ofrece todo, menos la integridad religiosa y la legitimidad monárquica: todo, menos la unidad católica y el Rey legítimo.

Impotente con las armas de los caballeros, el alfonsoismo, que es la mas ruin y miserable de las manifestaciones revolucionarias, ora nos presenta sus ofrecimientos doblando menguado la rodilla, ora nos envia en manos de malvados y traidores, ora, en fin, arrastrándose como asqueroso reptil, logra depositarlos cerca de nuestras tiendas como cebo para incautos ó lazo para inocentes.

—La paz es mi vida, dice el alfonsoismo; yo, pues, os ofrezco la paz, para que muriendo me deis vida.

El ósculo de Judas valió al infame treinta monedas; el alfonsoismo, no menos infame, quiere que el ósculo que nos ofrece le valga la vida.

Por eso busca la paz por todos los caminos de nuestra perdicion; por eso no habla mas que de paz.

Pues bien: el gran partido nacional contesta: con la integridad religiosa y la monarquía tradicional y legítima sea hecha la paz.

El catolicismo es la paz; la monarquía tradicional y legítima es la paz.

El Rey legítimo, el Rey caballero, el Rey Carlos, lo ha dicho y repetido: «Yo quiero ser Rey de todos los españoles; vengan á mi todos los de buena voluntad.»

¿No quiere el alfonsoismo ni integridad religiosa, ni Rey legítimo? Pues la paz es imposible, imposible, imposible.

Mientras que la lealtad pueda posar su planta sobre un palmo de noble tierra española, la lealtad llevará á todos los vientos vivas á la Religion y al Rey.

Mientras exista uno siquiera de los soldados católicos y caristas, él tremolará airoso al viento la gloriosa bandera de la Religion y el Rey.

Y si como vamos de victoria en victoria nuestros pecados impidieran la salvacion de la patria, el último de nosotros que cayera caería combatiendo, y arrojaria de sus entrañas la sangre generosa para arrojarla á la frente del alfonsoismo, gritando: ¡Guerra! ¡guerra!

¡Guerra sin tregua, guerra sin descanso! ¡Guerra á los hipócritas, guerra á los fariseos, guerra á los usurpadores! Este es el grito unánime, entusiasta y decidido del gran partido católico y español.

¡Al combate! ¡á vencer ó á morir! Este es el grito constante de los soldados del Rey.

Quien ose hablar de paz, caiga como traidor partido en pedazos el corazon rebelde.

O Religion ó Rey, ó guerra á muerte.

O que la victoria abra con estrépito las puertas de nuestros templos y de los alcázares reales, ó que nuestros huesos vuelvan á blanquear las cumbres de los altos montes desde donde nuestros padres y nosotros hemos legado al mundo admirables ejemplos de santa independencia.

Quereis la paz para hundir en nuestros senos el puñal asesino; quereis la paz para volver á vuestras feroces guerras intestinas en que como siempre seamos nosotros infelices victimas; quereis la paz para sujetarnos en cadenas y arrojarnos como ilotas á regiones mortíferas ó á la degradacion y la miseria; quereis la paz para mofaros de nuestras creencias, para consumir en vuestras infames bacanales el sudor de nuestras frentes; quereis la paz, como Judas para entregarnos á vuestros sayones y vuestros ver,

dugos, riendo de nuestra credulidad, escarneciendo nuestros dolores y gozándose en nuestro martirio; para eso quereis la paz, apóstatas de la Religión y de la patria; para eso quereis la paz; pero...
Oído una vez mas, miserables hipócritas: ¡ó Religión y Rey, ó guerra á muerte!

M. B.

CORRESPONDENCIAS.

Guernica 1.º de Abril.

Sr. Director de «El Cuartel Real.»

Muy señor mio: Suplico á V. se sirva insertar en su periódico seguidamente de estas líneas las dos adjuntas cartas que los Sres. Caso y Artazcos me han dirigido, abrigando tal vez la necia pretension de envolver mi humilde, pero limpio nombre, en la infamia que cubre los suyos, para que no haya nadie que ignore hasta dónde llega el cinico descaro de los que invocando el sagrado nombre de la patria, han consumado la mas horrible é inicua de las traiciones.

Breve será mi contestacion, que no los hubiera dado ciertamente por medio de la prensa, si al obrar así no creyese hacer un bien á la santa causa en cuya defensa he estado siempre, y estoy ahora mas que nunca, dispuesto á verte, hasta la última gota de mi sangre. No seré yo el único á quien se hayan tendido esos lazos villanos, y quiero dar la voz de alerta á los débiles y á los tibios, á fin de que no se dejen sorprender; aunque, bien mirado, valiera mas que se fuesen en un diatodos aquellos que no tienen bastante, para sacrificarse una y mil veces en aras del lema venerando Dios, Patria y Rey, que tantos dias de gloria ha dado á España.

Mas sorpresa que indignacion me ha causado la carta del que ayer fué mi amigo y hoy figura entre los que considero mis enemigos mas odiosos: D. José Indalecio Caso. Me parece imposible que, conociéndome como me conoce, sabiendo como sabe la historia de mi vida política, haya podido pensar en que yo me colocase jamás al lado de los traidores á su Rey y á los sagrados principios que éste representa.

No ignora el Sr. Caso que he consagrado mi existencia entera al servicio de la causa de la Religión y el Trono, y que en todas las épocas he sido uno de los primeros en lanzarme al campo del honor; sepa, pues, que ni el gobierno revolucionario en Madrid, ni el tránsfuga Cabrera, poseen suficientes millones para comprar mi honra, que está por encima de todo el oro del mundo, y que tengo en mas el noble orgullo de poder levantar mi frente sin mancilla, que el de ostentar el fausto y la riqueza adquiridos á costa de una negra infamia.

Hubo un tiempo en que me llamé amigo del señor Caso: yo entonces le creía carlista de buena fé, y tengo sobre mi conciencia el remordimiento de haberle presentado á la Junta de Bayona como uno de nuestros mas ardientes y entusiastas correligionarios. Y ¡quién sabe! tal vez entonces lo era; pero el amor propio exagerado es muy mal consejero; la soberbia ciega los ojos de las inteligencias mas privilegiadas, y es una verdad innegable que cuando un hombre de talento da en hacer tonterías, no hay tanto de nacimiento que le iguale.

El Sr. Caso, que creyó convertirse de buenas á primeras en ministro universal de nuestro amadísimo y sábio Monarca, ha conseguido ponerse soberanamente en ridículo al demostrar, con un acto de mal disimulado despecho, la desmedida ambición que le domina. En cuanto al Sr. Artazcos, otro de los desertores de la bandera de la legitimidad, solo diré que no conocí muy bien á D. Francisco Lersundi (Q. E. P. D.), con el cual me unía una estrecha amistad, por mas que en política nos separaban abismos; porque si le hubiese conocido bien, sabría que aquel jamás se hubiera atrevido á hacerme la mas leve insinuacion encaminada á quebrantar mi lealtad nunca desmentida.

No terminaré estos renglones señor Director, sin enviar desde las columnas de su periódico la expresion de mi adhesion mas ardiente y sincera al mas grande y mas caballero de los soberanos, al Rey valiente y sufrido que con su sola presencia entusiasma los corazones de los bravos y leales españoles, cuya mayor ventura consiste en dar por él su vida.

Queda suyo, señor Director, y B. S. M., el brigadier de los Reales ejércitos.—Andrés Ormaeche.

Biarritz 24 de Marzo.

Señor D. Andrés Ormaeche.

Mi querido amigo: Escribo á V. verdaderamente impresionado. Sé la mision de que está V. encargado, y por el país y por V. mismo, me duele que hasta ese punto logren hacer á Vds. ignorar lo que pasa.

Tengo toda la autorizacion que V. puede desear, y á V. y á mí se nos presenta hoy la ocasion de hacer un gran bien. V. que me conoce, ¿será capaz de desoir hasta mis ruegos? ¿Tiene V. á alguno por mas afecto á los principios? Pues de lo demás, ¿qué ha de decir V. á quien lo ha visto y estudiado tan de cerca? Es la ignominia mas grande que puede venir sobre España, y no me consolaría de que V. contribuyera mas á esta desgracia, cuando yo le garantizo que en no hacerlo está el bien y la tranquilidad de V. y de su excelente hija.

Escribame V.; mándeme V. un encargado de confianza con dos letras suyas. Entre tanto hago por retrasar nuevos estragos.

Así se lo suplica y queda con paciencia aguardando noticias de V. para comunicárselas al señor general Cabrera, en cuya habitacion escribe su siempre afectísimo amigo.—I. Indalecio Caso.

Biarritz 24 de Marzo.

Sr. D. Andrés Ormaeche.

Mi antiguo y querido amigo: En nombre de la memoria de nuestro distinguido amigo el general Lersundi (Q. E. P. D.); en el de la santidad de la causa de la paz; en el del bien y felicidad de la España, y en particular de nuestro país, uno mis ruegos á los de todos los amigos de V. que están ya con nosotros, para que con uno de esos actos de patriotismo, que tantos cuenta la historia de su vida, coadyuve con lo que pueda al próximo triunfo de la única causa ya posible, á cuyo frente se halla nuestro antiguo y célebre caudillo el ilustre general D. Ramon Cabrera.

En la confianza de estrechar en breve sumano, se repite de V. siempre buen amigo Q. B. S. M.,—Miguel María de Artazcos.

Ambas cartas son copia del original, que obra á la cabeza del proceso formado contra el portador de estas cartas.

SECCION DE NOTICIAS.

A «La Epoca» y demás diarios alfonsinos, que andan siempre rebuscando en la prensa extranjera algo que sea hostil al carlismo, aunque ese algo haya costado buenos cuartos á su gobierno, les recomendamos un artículo sobre los fusilamientos de Estella publicado por el «Times», diario el mas importante de Inglaterra, protestante y liberal, pero que á pesar de ser ambas cosas suele á menudo beber en buenas fuentes y decir la verdad. Seguros estamos de que ningun periódico de Madrid ha de reproducirlo; pues importa á los alfonsinos ocultar el juicio que merecen á la Europa lo que protegen y patrocinan partidas de asesinos como la del sanguinario Lacalle, terror del honrado suelo navarro.

En la imposibilidad de reproducir íntegro aquel escrito, traducimos los primeros párrafos, que dan completa idea de su espíritu.

Dice así el «Times», con el título de «Represalias en España»:

«Nuestro corresponsal en el cuartel general de Estella nos comunica un trágico acontecimiento. Ocho carlistas han sido muertos, despues de rendirse, en San Martin de Unx, á pocas millas de Tafalla, y el general Mendiry, habiendo pedido en vano una satisfaccion al general Quesada, jefe del ejército alfonsino, acordó llevar á cabo la terrible ley de las represalias. En su virtud, fueron sorteados y fusilados con las formalidades de costumbre siete soldados y un sargento, del depósito de prisioneros. El general Mendiry pronunció una elocuente alocucion, y nuestro corresponsal nos escribe convencido de la necesidad y conveniencia de esas ejecuciones. Desde el principio de la guerra ha habido fusilamientos y aun muertos á bayonetazos, ejecutados á sangre fria; y las atrocidades cometidas por las tropas irregulares de una y otra parte nos han traído mas de una vez á la memoria el bandolerismo de Nápoles y de Grecia. Pero todos esos hechos, por lo menos tales como han llegado á nuestro conocimiento, no han tenido el carácter formal y solemne de la sentencia ejecutada últimamente por el general carlista. Las circunstancias todas que han acompañado á este acto, y la proclama del general, muestran que ha sido su intento llamar seriamente la atencion del enemigo, para que vea cuál ha de ser la conducta futura de los carlistas. Ha sido su objeto, y así debemos creerlo, evitar que los partidarios alfonsinos sigan asesinando á sus prisioneros, y tambien debemos creer que espera que aquella ejecucion ha de conducir á ese resultado. Desgraciadamente, sin embargo, de diez alfonsinos, los nueve se negarán á admitir que el general carlista se haya propuesto fin alguno legítimo y laudable.»

Al número de asesinatos cometidos por las partidas liberales hay que añadir el que recientemente han hecho los voluntarios de San Vicente de la Sonsierra (Rioja) en uno de los nuestros, perteneciente á la fuerza volante que manda D. Benito Perez.

El infeliz asesinado lo fué, como es de suponer, despues de hecho prisionero.

En cambio á los pocos dias el jefe carlista entregaba al señor general Fortun cuatro prisioneros, sanos y salvos, que habia cogido hácia las Conchas en la parte allá del Ebro.

Quien nos comunica estas noticias añade que nuestras fuerzas son dueñas de la mayor parte la Rioja.

La organizacion de los tercios en Vizcaya adelanta rápidamente, y ya hay repartidos cinco mil fusiles. El número de los alistados excede de doce mil.

El general Bériz, mal que pese á los periódicos liberales que dan la noticia de que ha sido relevado, continúa siendo comandante general del señorío de Vizcaya.

En un número de «Las Correspondencias militares de España», que publica gran parte de la prensa extranjera, vemos las siguientes líneas:

«Tratábase en Madrid del convenio de Cabrera y de los medios que debían emplearse para que produjese algun efecto favorable al gobierno, pero sin pasar por la parte ridícula en caso de mal éxito:

—«¿Qué diablo quieren Vds. hacer, exclamó Cánovas: este convenio hubiera producido un excelente resultado si un tunante de carlista no hubiese arrancado la mecha; mientras que ahora nos encontramos metidos en una indecencia: si señores, es una indecencia.»

El Sr. Patero, acaba de recibir una nueva leccion de hidalguía y decencia política.

Ha tenido la audacia de escribir al general Alvarez y al brigadier Oliver, invitándoles á aumentar el número de los miseros secuaces de Cabrera, ofreciéndoles lo que se ofrece á todos, pero diciendo entre otras cosas, que no se acercaría mucho á los jefes mencionados por temor de que lo fusilasen.

Este temor honra mucho al que lo inspira; y por cierto, que el Sr. Patero podia abrigar con justicia ese temor, porque el general Alvarez y el brigadier Oliver, modelos de fidelidad, pusieron las cartas en manos del leal y valeroso general Dorregaray que á su vez las ha remitido á S. M. el Rey.

Hasta en estos que parecen contratiempos se vé de una manera sorprendente la intervencion de la Providencia divina.

La felonía de esos traidores ha servido para dar al mundo la prueba mas brillante de la unidad y la generosa lealtad que distinguen al partido carlista y á los bravos y dignos jefes que lo mandan en el Norte, en el Centro y en Cataluña.

El general Dorregaray manda al mismo tiempo copias de las adhesiones á su enérgica proclama hechas por los generales y brigadieres, Sres. Palacios, Vallés y Adelantado, que están al frente de grandes mandos militares.

Desde el 15 del pasado comenzó á funcionar con regularidad en todo el territorio que domina el ejército real del Centro, el servicio de correos, habiendo quedado establecidas administraciones en todos los pueblos de alguna importancia.

El comandante general de Aragon, señor brigadier Gamunde, no contento con la proclama que dió á los bravos voluntarios aragoneses al tener noticia de la defeccion de Cabrera, ha dirigido á S. M. la siguiente expresiva adhesion, que con el mayor gusto publicamos:

«Señor: Henchido de legítimo orgullo, me atrevo hoy á molestar la atencion de V. M. para dar conocer á vuestra Real Persona el entusiasmo sin límites de que estos voluntarios se sienten animados en favor de V. M.

»Para demostrarlo así, Señor, lo mismo que este vuestro mas fiel y humilde servidor, solo ansian ver llegar el instante de medir sus armas con las del enemigo, en la seguridad de que el triunfo coronará sus esfuerzos.

»Hoy mas que nunca, Señor, estamos todos obligados á demostrar á V. M. que er. su defensa, y en defensa tambien de la gran causa que V. M. simboliza, nos hallamos dispuestos á pelear sin tregua ni descanso, hasta conseguir el completo triunfo de vuestra Majestad.

»Quiera el cielo, Señor, hacer que llegue en plazo breve, para bien de la Iglesia y de la patria.—Señor.—A. L. P. de V. M.—Pascual Gamundi.»

Varias cuestiones, y todas de cierta gravedad, traen á mal traer al gobierno revolucionario de Madrid.

La complicacion universitaria continúa presentando síntomas alarmantes. Al ministerio de Fomento ha llegado una exposicion suscrita, segun dicen por 800 firmas protestando contra la conducta del gobierno.

El ejército en masa se opone al reconocimiento de empleos de Cabrera y de cuantos á él se han adherido, sea cualquiera su graduacion y procedencia.

La cuestion Concha á escitado los ánimos, y se conspira tenazmente contra la situacion Cánovas, diciéndose ya que el poder vuelve á manos de Serrano y Sagasta.

Se ha sometido al Consejo de ministros la institucion de la milicia nacional, que ha sido aprobada, segun parece, contra tres votos, que fueron el de Orovio y otros dos de la misma procedencia: quizá Castro y Cárdenas.

A esto hay que añadir el miedo que tienen los gobernantes por la seguridad de D. Alfonso, á quien no dejan salir á paseo sin grandes precauciones. Y hasta se asegura que los artilleros tienen algun resentimiento contra el joven príncipe por un desaire que de él han recibido. Habiéndole aquellos invitado á presenciar algunas maniobras, y un almuerzo con tal motivo, el príncipe se escusó; pero aquel mismo dia se fué con el duque de Sexto á la Casa de Campo á almorzar con los toreros!!

Si no tuviéramos otras pruebas de la inquietud que reina en todos los círculos relacionados con las esferas oficiales de Madrid, y de la certidumbre con que todo el mundo asegura que aquello se vá, nos bastaria leer «La Epoca», la optimista y sonriente «Epoca», que en medio de las denegaciones que hace en el siguiente suelto, consigna uno mas significativo que todos, á saber: el terror general de que están poseídos los intereses públicos.

Hé aquí las palabras de «La Epoca»:

«La Bolsa ha venido siendo estos últimos dias, como otras veces, el teatro escogido por los projaladores de noticias falsas para lucir su fecunda inventiva. Ayer especialmente se distinguieron notablemente, echando á volar tal número de noticias absurdas, que los especuladores tímidos estaban aterrados pareciéndoles que se acercaba el fin del mundo, ó poco menos. Apresuráronse, pues, á vender con precipitacion haciéndose competencia, y los cambios bajaron, como era de esperar, con no poco contento de los que se propusieron explotar en provecho propio la credulidad de los asustadizos.

»Hubo noticias de distinto género, aunque todas de grueso calibre, y apenas una era desmentida, principiaba á circular otra mas terrorífica. Se habló de crisis ministerial, de ataques desgraciados á las posiciones carlistas en el Norte, de correrías de las facciones del Centro á las provincias de Castilla, de contratiempos sufridos por nuestras tropas en Cataluña, de infinitos obstáculos con que se suponía tropezaba el gobierno, haciendo inevitable su caída; hasta de crímenes cuya sola enunciacion espanta.»

Este párrafo es mas elocuente que todo cuanto nosotros pudiéramos decir.

Hasta los mismos enemigos hacen justicia siempre á la lealtad y á la consecuencia, y miran con malos ojos á quien arrastra por el suelo esas dos grandes virtudes propias de los hombres bien nacidos.

En prueba de esto podemos decir que habiendo escrito los hijos del difunto infante D. Enrique de Borbon una carta á su tío D. Francisco de Asís, esposo de doña Isabel, este, en una respuesta muy fria, le ha dicho entre otras cosas lo siguiente:—«Por lo demás, nada me sorprende en vosotros que comenzásteis escapándoos de vuestro colegio y acabais de escaparos del campo carlista.»

Mientras esta opinion merecen esos jóvenes á sus parientes á cuyo amparo se acogen, doña Isabel y toda su familia elogian y aplauden la lealtad y noble conducta del Sr. Gurowski, marqués de Bondad-Real, que continúa al lado de S. M. el Rey.

Aunque embozadamente, un periódico de Madrid anuncia el regreso á España de la que fué esposa de D. Fernando VII, doña Cristina de Borbon.

El incansable jefe de partida Portillo aprehendió hace pocos dias á dos soldados, dos brigadieres y diez mulos de brigada que pastaban en la jurisdiccion de Oteiza, cuyos campos segaba tambien el enemigo.

Ha llegado á Tolosa el general Benavides.

Para que se comprenda la repulsion que inspiran á los mismos liberales los pasados de Cabrera, bastará hacer notar que los periódicos de Madrid, cuando de ellos hablan, prescinden del título ó empleo que el gobierno de D. Alfonso prometió reconocerles, tratándolos como simples particulares.

Véase una noticia de «El Imparcial».

«Anoche salió de Madrid para Valencia D. Juan de Dios Polo.»

Ni siquiera le llaman el ex-general carlista.

Son tan escasas las fuerzas que componen la guarnicion de Madrid, que las autoridades militares han tenido que echar mano de los quintos que acaban de entrar en caja para que hagan el servicio de plaza.

Tolosa: 1875.—En la Imprenta Real.